

Reseñas bibliográficas

LA DISTINCIÓN SILENCIOSA: CLASES SOCIALES Y DIVISIONES SIMBÓLICAS EN EL PERÚ

Mauricio Rentería y Patricia Zárate. Lima: IEP, 2022

doi: <https://doi.org/10.26439/en.lineas.generales2022.n008.6166>

Javier Díaz-Albertini F.
Universidad de Lima

“De forma más concreta, clasificaciones cotidianas como ‘pituco’ no son sino manifestaciones de una lectura práctica de las dinámicas de clase, una especie de sociología espontánea que resulta fundamental para el analista que busca reconstruir la trama completa de estas relaciones... las personas tienen un conocimiento —o reconocimiento— muy detallado de las relaciones de clase porque son interpe-
lados por estas, a veces como dominantes y otras como dominados”. (p. 18)

El concepto de clase social resulta fundamental para las ciencias sociales, específicamente la sociología, porque explica cómo se estructura la desigualdad en una sociedad. Es así porque siempre hace referencia a cómo se articula el control diferenciado de los principales recursos que otorgan estatus. Asimismo, es un término que, por definición, es relacional y vivencial, sea al interior de estas (identidad de clase) o entre clases (dominación y conflicto). En la actualidad, cuando se trabaja la diferenciación social, tiende a dominar los esquemas de estratificación social. A diferencia de las clases, los estratos sociales no señalan directamente cómo y por qué existen diferencias entre grupos de personas en términos de ingresos, educación y estatus. Más bien lo que miden son los

niveles de vida o consumo. Es decir, cuánto acceso tienen las personas a los diversos recursos y beneficios que existen en una sociedad. Mientras que, en la determinación de las clases sociales, primero debe existir una idea clara de cómo se estructura (organiza) una sociedad: cómo se ubican y qué controlan grupos de individuos dentro de ella. Los estratos sirven bastante bien para los estudios de opinión y mercado, las clases para entender cómo se determina y ejerce el poder.

El análisis de las clases sociales ha pasado en los últimos años por dos extremos. En primer lugar, encontramos a los que intentan adaptar las clásicas explicaciones de Carlos Marx o Max Weber a la actualidad. En el caso marxista se ha intentado, por ejemplo, redefinir el proletariado para incluir a los trabajadores independientes e informales que son los que dominan el trabajo popular. O incluir en la clase dominante a los ejecutivos o a los profesionales de élite, a pesar de que no son propietarios de los medios de producción. Asimismo, han tenido que explicar el papel de las crecientes clases medias, sector que antes era marginado por la ortodoxia por no encajar fácilmente en el antagonismo de clase. Después de todo, en el esquema clásico lo importante era la propiedad (o no) de los medios de producción.

En segundo lugar —siguiendo al sociólogo francés Pierre Bourdieu—, otros siguen un trayecto totalmente diferente: reconocer la complejidad en la construcción y concepción de las clases sociales. Bourdieu distingue que son varios los capitales que permiten la conformación de espacios sociales diferenciados. El capital económico sigue siendo esencial pero no es suficiente. A ello habría que añadir el capital social, o sea, los recursos disponibles en nuestras redes de contacto; y el capital cultural que nos da acceso a credenciales intelectuales y conocimientos; el capital simbólico que nos permite cotidianamente cristalizar lo que nos une y separa.

En el libro que comentamos se busca “...contribuir a estrechar esta distancia entre lo percibido y experimentado por legos y analistas, entre el sentido común y el análisis sociológico...” (p. 18). Los autores quieren seguir a Bourdieu al considerar que las clases “...tengan una existencia doble: por un lado, en el registro de las distribuciones de propiedades materiales que realiza el analista y, por el otro, en las representaciones y clasificaciones de los agentes” (p. 19). A pesar de estas buenas intenciones, los autores recomiendan que los lectores fuera del campo de la producción sociológica salten el primer y segundo capítulo de consideraciones teóricas y metodológicas, y pasen de frente al tercer capítulo en el cual muestran el impacto de las divisiones de clase en estilos de vida, gustos, elecciones y rechazos.

En el primer capítulo (“Los estudios de clases sociales en el Perú”), los autores ofrecen un breve recorrido por los estudios de clases sociales en el Perú, los cuales muestran enormes transformaciones en los últimos cincuenta años. Uno de los cambios más importantes ha sido el fenómeno de las “nuevas clases sociales” que surgen como

producto de las migraciones internas hacia la ciudad, la urbanización del país y el crecimiento económico que permitió la mejora de las condiciones de vida de un sector significativo de la población. Los autores hacen un recorrido de las principales interpretaciones de estas nuevas clases y cómo diversos estudios han hecho hincapié en un criterio u otro. Por ejemplo, examinan el caso del trabajo de Rolando Arellano y su énfasis en los estilos de vida y las diversas culturas de consumo.

El aparente optimismo de estas visiones de creciente desarrollo personal y bienestar material, sin embargo, es contrarrestado por otros estudios que muestran que existen “...condicionantes estructurales que ponen freno al proceso de movilidad” (p. 24). Entre las condicionantes más importantes encontramos al capital social y el acceso a educación de calidad. El capital social excluye por estar constituido por redes familiares y étnicas excluyentes. Mientras que la educación en el Perú se ha estratificado a tal punto que algunos títulos valen mucho más que otros, especialmente en la generación de ventajas en el mercado laboral.

El capítulo termina concluyendo que hay un vacío de investigaciones que provean modelos de clases teórica y empíricamente fundados. Hace referencia a la importante contribución de Martín Benavides a generar este tipo de modelo, especialmente para explicar el fenómeno de la movilidad social. No obstante, los autores consideran que no logra “...reconocer otras dimensiones estrechamente relacionadas con las divisiones de clase, como actividades culturales y sociales, así como el desarrollo de identidades” (p. 29).

El capítulo 2 (“Clases y espacio social en el Perú”) presenta el planteamiento teórico y metodológico de los autores basado fuertemente en la propuesta de Bourdieu. Hace énfasis en el uso de la concepción de “espacio social”, término que se refiere a la ubicación de conjunto de personas en coordenadas marcadas por sus respectivas posesiones de capital económico, social, cultural y simbólico. Bourdieu criticaba la noción marxista de posición de clase solo entendida por la posesión de medios de producción. Por el contrario, planteaba posiciones multidimensionales en determinados espacios sociales, en los cuales entraban a jugar los diversos capitales y combinaciones de ellos. “Se trata de un tejido de posiciones en las que se sitúan los diferentes agentes dependiendo de sus recursos, los cuales, a su vez, determinan ciertos tipos de actores” (p. 39). Una contribución esencial de la propuesta bourdieuana fue explorar las dimensiones culturales y simbólicas de las clases sociales, esos aspectos que juegan un papel predominante en las formas como nos relacionamos y diferenciamos de los demás, vía “los efectos simbólicos de los capitales”.

Este capítulo continúa examinando diferentes intentos de aplicar lo propuesto por Bourdieu en las ciencias sociales internacionales. Luego, propone cómo construir el espacio social peruano, adaptando las metodologías utilizadas en otros países para lograr el mismo objetivo. Para el manejo de la data, los autores utilizan el análisis de

correspondencias múltiples (ACM) aplicado a la Encuesta Nacional de Hogares, que les permite relacionar las diversas variables que miden los capitales sugeridos por Bourdieu. El capítulo finaliza con una breve explicación de los resultados del ACM, lo cual aterriza en el análisis de las clases y fracciones de clase en el Perú, especialmente medida desde la posesión de bienes materiales.

El capítulo 3 (“Clases y divisiones simbólicas en Lima”) contiene uno de los principales aportes de la investigación y consiste en ver cómo la clasificación académica del capítulo anterior, lo que Bourdieu llamaba las “clases en el papel” se relaciona con la experiencia de los individuos. En el caso de la investigación, se examina las diferencias de clase manifestadas en consumo y gustos. Para ello, se aplicó una encuesta en Lima Metropolitana con preguntas dirigidas a las prácticas culturales y cómo varían de acuerdo con la clase o fragmentos de clase. Examinan, por ejemplo, los gustos y rechazos de programas televisivos, géneros musicales, en asistencia a los circuitos de legitimidad cultural (museos, teatros, galerías de arte, entre otros), en la relación entre cuna y escuela en el consumo cultural, en la lectura de libros y preferencias en la literatura. Las diferencias en las divisiones simbólicas entre las clases sociales limeñas son notables y expresan en la práctica la construcción de espacios sociales claramente establecidos. Como concluyen los autores, en el epílogo (“Reflexiones finales”):

“Este estudio nos ha demostrado que además de las limitaciones que ejerce la necesidad económica sobre el consumo, existen elecciones y afinidades que perfilan asimetrías, las cuales giran en torno a distinciones culturales”. (p. 161)

Nos encontramos, entonces, ante una investigación empírica que explora aspectos inéditos sobre las clases sociales en el país y Lima. No es la primera vez que se examinan las diferencias de consumo entre los niveles socioeconómicos en el país. Pero sí es la primera que vincula este consumo diferenciado desde un análisis detallado de las diversas clases y sus posiciones en la sociedad nacional. Contribuyendo, a su vez, con novedosas aplicaciones teóricas y metodológicas.

Considero, sin embargo, que cojea en uno de sus principales cometidos: acercar el análisis sociológico con los pensamientos e interpretaciones de los no expertos. A pesar de que los autores advierten que los no iniciados pueden saltar el primer y segundo capítulo para proceder al tercero, este todavía es demasiado “sociológico”. Los mismos autores reconocen este hecho, cuando en la reflexión final señalan: “Esperamos que el lector sobreviviente a la opacidad de algunos de sus pasajes haya podido reconocerse y a su entorno en estas líneas” (p. 163). Quizás no sea posible abarcar a públicos tan disímiles en términos de bagaje intelectual y académico. Razón por lo cual queda pendiente una divulgación más general y amigable de tan buena pesquisa.